

Cibert tiempo, o el régimen temporal de la modernidad comunicacional

Cybertime, or the temporary regime of communication modernity

DOI: <http://dx.doi.org/10.18566/comunica.n42.a06>

Fecha de recepción: 26 de febrero de 2020

Fecha de aceptación: 5 de junio de 2020

Resumen

Cibert tiempo es un término relativamente nuevo que parece ser la contracara o el complemento de *ciberespacio*. Sin embargo, no es necesariamente así. El concepto, pese a ser enunciado ya a fines de la década de 1990, no ha sido explorado sistemáticamente, al menos con relación a la construcción sociohistórica del tiempo. Los antecedentes se reducen, casi con exclusividad, a algunos trabajos del estadounidense Lance Strate (1996), del inglés Sean Cubitt (2000), del rumano Adrian Mihalache (2002) y de los neerlandeses Jos De Mul (2010) y Geert Lovink (2006; 2019). Casi ninguno de estos autores está traducido aún al castellano.

Muchas de las referencias se enfocan en el mundo de la economía. No obstante, es llamativa la escasa atención que merece el término con relación a las teorías de la comunicación o la sociología, como si las temporalidades producidas por las redes y la virtualidad fueran un producto del ciberespacio. Sobre este particular llamaba la atención Cubitt en "Cybertime: Ontologies of digital perception", publicado en 2000.

Abstract

Cybertime is a relatively new term that seems to be the counterface or complement to Cyberspace. However, it is not necessary as well. The concept, despite being stated and late 1990s, has not been systematically explored, at least in relation to the socio-historical construction of time. The background is reduced, almost exclusively, to some works by the american Lance Strate (1996), the english Sean Cubitt (2000), the romanian Adrian Mihalache (2002) and the dutch Jos De Mul (2010), and Geert Lovink (2006; 2019). Almost none of these authors is still translated to Spanish.

90

Comunicación

número 42

Enero - junio

2020 | pp. 90-99

Pedro Luciano Colangelo Kraan

Doctor en Ciencias Sociales

Docente de Comunicación y

Sociología en la Universidad

Politécnica Salesiana de

Cuenca, Ecuador

plcolangelo@hotmail.com

Orcid 0000-0002-3451-6422

Palabras clave

Cibert tiempo, modernidad

comunicacional,

flexibilización laboral,

alienación, velocidad.

Keywords

Cybertime, communication

modernity, work flexibility,

alienation, speed.

Many of the references focus on the world of the economy. However, the scarce attention that the term deserves in relation to the theories of communication or sociology is striking, as if the temporalities produced by networks and virtuality had a product of cyberspace. About this particular situation, Cubitt called attention on “Cybertime: Ontologies of digital perception”, published in 2000.

1

Es evidente que hubo un cambio drástico en los regímenes temporales de las sociedades posindustriales impuesto a la fuerza por ritmos sociales que giran alrededor de una hipercomunicación (o “sobrecomunicación”). Esta nueva forma de estructuración social es llamada “somio capitalismo” por el italiano Franco Berardi (2003, 2010), mientras que el austríaco Christian Fuchs (2012) prefiere el nombre de “capitalismo informacional”.

El filósofo Berardi es quien con más claridad hace alusión al “cibertiempo”. Lo entiende, a grandes rasgos, como la velocidad sobrehumana en la que se transita, de manera atropellada, en el ciberespacio. Tanto en *La fábrica de la infelicidad* (2003) como en *La generación-alfa* (2010), el autor, a quien le interesó particularmente comprender el retroceso político de la izquierda y la condición del trabajo en la era posindustrial, analizó el cibertiempo como parte de un fenómeno mayor: el de las causas y consecuencias de la crisis de transmisión cultural. Berardi advirtió, como punto de partida, que la crisis de la organización obrera se ubica en un contexto más amplio del que revela su declive político: la crisis se sitúa en “el pasaje de las generaciones alfabeto-críticas a las generaciones post-alfabéticas, configuracionales y simultáneas” (2010, p. 25). Para comprender la temporalidad en el marco de la cibercultura, según Berardi, es indispensable percatarse de lo que denomina “transformación del formato de la mente post-alfabética”. Y para ello hay que atender a las formas posindustriales de trabajo en el ámbito del “semio capitalismo”, cuya aparición, señala el filósofo, debe cifrarse hacia 1977. Por entonces emergió el “cognitariado”, una “clase virtual inorganizable del trabajo mental” (Berardi, 2010, p. 25)¹. Esta nueva clase se encuentra imposibilitada para organizar su trabajo en concordancia con los parámetros de la tradición moderna: el horario. La *jornada laboral* dejó de ceñirse a tiempos estrictos en los que el trabajador cumplía con una tarea más o menos repetitiva y previsible. Las causas económicas de este cambio pueden encontrarse fácilmente en la conjunción de dos aspectos: la progresiva pérdida del poder adquisitivo y la creciente publicidad para llenar el tiempo libre con prácticas de consumo (entretenimiento, deportes,

1 Ayestarán (2007, p. 95) define el cognitariado en estos términos: “Es la *virtual class* obligada a ser creativa, móvil, flexible, precaria, desubicada en todo tiempo (*just-in-time*) y en cualquier economía. Se puede afirmar que la fusión de *wetware* (capital cognitivo individual) y *netware* (capital cognitivo colectivo) conduce al cognitariado del capital humano, esto es, la multitud de los *brainworkers* [...]. El cognitariado no tiene conciencia de clase sino conciencia de red y ha reemplazado las masas del proletariado por las de la multitud difusa, donde los sindicatos han dejado paso a los movimientos *online*”.

espectáculos, turismo, etc.): “es preciso ir cada vez más rápido para pagar los costos de una vida que nadie vive” (Berardi, 2007, p. 28).

En la modernidad comunicacional, el tiempo comenzó a “organizarse” alrededor de la incertidumbre. El tiempo se volvió elástico, suplementario de los ritmos dictados por la “virtualización” social; la distinción entre tiempo de trabajo y tiempo de descanso, propia de la modernidad industrial, quedó casi definitivamente abolida. Por supuesto, los canales que posibilitaron esta disolución, que no por seductora deja de ser violenta, son las tecnologías de la información, la comunicación y el entretenimiento (TICyE). La “jornada laboral” se dilató no solamente por fuera del horario, sino por fuera de los límites del espacio físico de trabajo (Colangelo, 2019). Berardi señala dos causas para que esto haya ocurrido, como consecuencia de la revolución digital de comienzos de la década de 1990: en principio, “una intensa campaña ideológica y una presión psicológica competitiva obligaron al trabajo cognitivo a identificarse con la función de empresa” (2010, p. 27). Seguidamente, los instrumentos tecnológicos sirvieron de apoyatura a dicha presión, sedándola con el discurso de la emancipación y la libertad; al respecto, Berardi subraya: “el teléfono celular tomó el lugar de la cadena de montaje en la organización del trabajo cognitivo: el info-trabajador debe ser ubicado ininterrumpidamente y su condición es constantemente precaria” (2010, p. 27). A la omnipresencia del teléfono celular debe agregarse la demanda en la inmediatez de respuesta; para ello se cuenta con otras funciones del mismo aparato y que son ineludibles herramientas de control: correo institucional y redes sociales². Para Berardi, este es un escenario de “esclavismo”; según él, el teléfono celular es “incorporado rigurosamente en los automatismos tecnológicos, psíquicos, comunicativos” (2010, p. 27).

La proliferación de “estudios de mercado”, la elaboración de “perfiles de consumidores” y la construcción de descomunales e invasivas “bases de datos” son el corolario del intercambio y almacenamiento indiscriminado de información estadística cuya finalidad última es el control del sujeto-consumidor. El mercado denomina a estas prácticas “marketing” y “publicidad”, a las que Berardi acusa de formar parte del dispositivo de control de la imaginación colectiva. Mattelart y Vitalis coinciden con la postura crítica del filósofo italiano cuando señalan que los individuos son considerados como fábricas de datos. Estos autores dicen que, de forma progresiva,

el consumo se va configurando como un campo inagotable de experimentación para el desarrollo de técnicas de seguimiento y de fichaje del comportamiento del consumidor. A lo largo de este proceso de taylorización del consumo, las empresas y los dispositivos de *marketing* no cesarán de descomponer los movimientos y los gestos del individuo, de investigar sus centros de interés y sus preferencias, sus necesidades y sus deseos (2015, p. 71).

2 No deben olvidarse, claro está, la proliferación, desde mediados de la década de 1990, de “cámaras de seguridad” que transforman al trabajador en objeto de espionaje constante. Mattelart y Vitalis analizaron este problema en *De Orwell a cibercontrol* (2015). Además, no debe olvidarse que pensadores como Deleuze y Foucault analizaron lo que denominaron “sociedades disciplinarias” y su pasaje a “sociedades del control”, esto es, al automatismo tecnológico, lingüístico e informático. El control es *interno*, está encapsulado en el sujeto: el ser humano pasa a ser él mismo un dispositivo.

Los elementos descritos hasta aquí permiten acercarnos aún más al concepto de “cibertiempo” expuesto por Berardi, pero desarrollado parcialmente y comprendiéndolo como una secuela del ciberespacio. Como ya se dijo, la era digital intensificó la presión para que el trabajador se identifique con la empresa o institución (aunque este fenómeno es anterior a la digitalización del mundo). La creciente flexibilización laboral, ya denunciada por Sennett en 1998, se relaciona menos con la autonomía y libertad del trabajador (sobre todo, del trabajador cognitivo) que con la fragmentación temporal del ciclo productivo. El tiempo de trabajo, como en muchos casos el trabajo mismo, se volvió inmaterial. Su organización carece de límites, fenómeno que es denominado por Berardi “tiempo laborable celularizado” (2010, p. 27): convierte al sujeto en un infotrabajador disponible a toda hora y en cualquier lugar. La consecuencia es la mentada flexibilización, política laboral festejada por los “productores” de la esfera semiocapitalista que incluye la red global de infoproducción. La flexibilización se promociona tanto desde las monsergas de los políticos neoliberales como desde el sistema propagandístico mediático trasnacional.

La informatización juega un papel fundamental en la flexibilización laboral. El ciclo productivo resultante abrió el camino, según Berardi, “a la creación de una red global de infoproducción desterritorializada, deslocalizada y despersonalizada” (2010, p. 62). En consecuencia, la flexibilización requirió un escenario, tanto local como global, de “destemporalidad”. Y no solamente en el ámbito laboral, sino en la totalidad de la vida social: “Ya no hay seres humanos que trabajan sino fragmentos temporales sujetos al proceso de valorización, átomos de tiempo recombinados en el proceso productivo global” (Berardi, 2010, p. 62). La autonomía y la libertad del trabajo y de las relaciones sociales del siglo xxi están sometidas a una cada vez más agobiante alienación tecnológica.

2

Una de las tesis de Rosa, en *Alienación y aceleración* (2016), consiste en juzgar las estructuras vitales de la vida contemporánea en términos de patrones temporales: “Las estructuras temporales conectan los niveles micro y macro de la sociedad; por ejemplo, nuestras acciones y orientaciones se coordinan y se hacen compatibles en los ‘imperativos sistémicos’ de las modernas sociedades capitalistas a través de normas, plazos y reglamentos temporales” (p. 9).

El sociólogo alemán sostiene que ese régimen temporal es cada vez más estricto y no está constituido en términos éticos. Al no estar mayormente exigidos por normas éticas, los sujetos se consideran “libres”; no obstante, “se

encuentran férreamente regulados, dominados y reprimidos por un régimen temporal en gran parte invisible, despolitizado, no discutido, subteorizado y no articulado” (Rosa, 2016, pp. 9-10). Las sociedades contemporáneas están inmersas en un régimen temporal que se acelera cada vez más, lo que conduce a formas relativamente novedosas de alienación social.

En un mundo dominado por las relaciones informacionales, el consumo y las interacciones hipermediáticas, como señala Scolari, se fragmentan en “millones de situaciones asincrónicas” (2008, p. 281). El cibertiempos se convierte (en el mundo del trabajo, pero también en los demás ámbitos de la existencia del sujeto) en una perturbación en el orden secuencial de la acción y del pensamiento. Strate indica que el cibertiempos, además de ser el “tiempo digital”, es un tiempo rápido, arbitrario, que “genera impaciencia, prisa e intolerancia, tanto *online* como en el mundo real” (2006, p. 12). Este autor (2006) utiliza la metáfora de tiempo “policromo”, porque ya no hay un tiempo para cada cosa, sino que el universo cibertemporal encierra la superposición simultánea de muchas cosas: es un tiempo formal, pero que se percibe siempre como descontextualizado.

El tiempo del reloj se concebía como una secuencia ordenada, numéricamente mensurable, mientras que el cibertiempos es una serie de *bits* (*unidades*) de información, susceptibles de ser ordenados solamente por los dispositivos digitales en términos estadísticos y puramente simbólicos, como indica Strate. El tiempo digital “está divorciado de los ritmos humanos de percepción temporal” (2006, p. 12). En el imaginario tecnoinformacional, el tiempo también aparece como “flexible”. Lovink (2006) agrega que los usuarios aceptan pasivamente la arquitectura mediática, operación que incluye la pérdida de largos trozos de tiempo en operaciones sin sentido. De esta idea se infiere que el cibertiempos es el escenario de un vagabundeo que también interfiere en el ritmo temporal moderno.

3

Berardi marca diferencias fundamentales entre los emisores y los receptores del mundo digital: “El universo de los receptores, es decir, los cerebros humanos, las personas de carne y hueso, de órganos frágiles y sensuales, no está formateado según los mismos patrones que el sistema de los emisores digitales” (2010, p. 175).

Esta distinción no deja de ser interesante, aunque quizá sea falaz si se tiene en cuenta el doble papel jugado por el sujeto comunicacional contemporáneo: el de emisor/receptor. Sin embargo, la interpretación de los estímulos multimediales, transmediales e hipermediales requieren un ritmo temporal

que es propio de la “actitud” receptiva. Es cierto que la velocidad de cada interpretación de estímulos y signos hace parecer que hay una verdadera simetría o simultaneidad en la emisión/recepción, pero no es así. Berardi marca las diferencias recurriendo al término “formato” para referirse a la constitución del aparato comprensivo-emocional del receptor: El formato del universo de los emisores ha evolucionado multiplicando su potencia, mientras que el formato del universo de los receptores no ha podido evolucionar al mismo ritmo, por la sencilla razón de que se apoya en un soporte orgánico —el cerebro-cuerpo humano— que tiene tiempos de evolución completamente diferentes a los de las máquinas (Berardi, 2010, p. 176).

En este contexto, el cibertiempo aparece como la consecuencia del desfase de velocidades entre emisores y receptores a partir de la infinitud y permanente expansión del ciberespacio³. De acuerdo con Berardi, el ciberespacio: [...] es una red que comprende componentes mecánicos y orgánicos cuya potencia de elaboración puede ser acelerada sin límites. El cibertiempo es, por el contrario, una realidad vivida, ligada a un soporte orgánico —cuerpo y cerebro humanos— cuyos tiempos de elaboración no pueden ser acelerados más allá de límites naturales relativamente rígidos (2007, p. 176).

No obstante, en el cibertiempo están comprendidos, además, los ritmos cada vez más veloces de las interacciones que se superponen en el vasto campo de las TICyE. Dice Berardi: “La celularización ha traído una especie de ocupación permanente del tiempo de vida. El efecto de esto es una psicopatologización de la relación social” (2007, p. 68). El tiempo de las redes digitales es, eminentemente, un tiempo “técnico” cuyo compás está marcado por las posibilidades “objetivas” que los artefactos permiten. De esta forma, el instrumento técnico invade el mundo real con la imposición de ritmos virtuales, promoviendo su propia estructura temporal. Estas posibilidades han obligado al sujeto, al “receptor”, a reaccionar de manera paralela al medio, provocándole cambios en su capacidad de interpretación, comprensión y de respuesta o interacción. Las TICyE, tal como indica Carr, “proporcionan la materia del pensamiento, pero también modelan el proceso del pensamiento” (2011, p. 18). El tiempo de la red ha acostumbrado a sus receptores, los sujetos comunicacionales, a *absorber* información en consonancia con los ritmos temporales propios de esta. El verbo *absorber* no es inocente: la absorción es la manera en que un cuerpo consume una sustancia que lo impregna, penetrándolo hasta apropiarse de él⁴. Sin embargo, “el proceso de creación de la red es tan complejo que no puede ser gobernado por la mente humana. La mente global es demasiado compleja para ser conocida y dominada por mentes locales subtotales” (Berardi, 2007, pp. 68-69).

La velocidad (y cantidad) de los estímulos no es proporcional a la capacidad de interpretación o, si se prefiere, de *absorción*. La antropóloga Shapiro, quien

3 Si bien es cierto que resulta temerario hablar de receptores del modo “clásico”, y que el imaginario de internet ha terminado por moldear la idea de una interacción “igualitaria”, la mayoría de los “internautas” reciben más de lo que producen. La excepción quizás sea en el entretenimiento “interactivo”, que requiere unas acciones *colaborativas* constantes (Jenkins, 2009; Scolari, 2013).

4 Casi todas las personas que Carr entrevistó para el capítulo 1 (“Hal y yo”) de su trabajo *Superficiales* (2011) se refieren a la lectura en la red, siempre fragmentada, como “absorber información”. Este verbo parece ser el más adecuado, junto con “consumir” para referirse al cambio de “ritmo informativo” que supuso el paso de la lectura en papel al vagabundeo entre *links*.

recoge el criterio de cibertiempo de Berardi, agrega que, como consecuencia de la velocidad, nos encontramos en la “Era del Después”. Y agrega: Todo se define como post. Diversos términos exploran lo post: postorgánico, posthumano, postmoderno, postcapitalista. Habitamos en un tiempo que está después (de qué, aún no lo sabemos), que como metáfora ubica al presente como vivencia de futuro. Pero si estamos en el después, puede haberse perdido el ahora. Tal vez sea expresión de la velocidad de estímulos que los tiempos que corren les imprimen a los sentidos (Shapiro, 2015, s. p.).

Esta pérdida del ahora —y que sentencia el ayer al olvido— en favor del después es una idea que se fue profundizando conforme las tecnologías de las TICs legitimaron su papel de árbitros de la interacción. El universo informacional global convirtió los estímulos secuenciales en simultáneos porque las posibilidades técnicas y los ritmos económicos así lo permiten. Se requiere que las respuestas sean sincrónicas, si bien no en calidad, al menos sí en rapidez (Colangelo, 2019). Esta realidad no puede responder a otra denominación que no sea alienación. O, mejor, ciberalienación. En este contexto, el sujeto “se percibe como un conjunto de fragmentos temporales informacionales disponibles para entrar en conexión” (Berardi, 2007, p. 79).

La velocidad que aterraba a Virilio (en obras, por ejemplo, como *Cibermundo: ¿una política suicida?* [1997]) fue la que le permitió a Berardi adoptar el término “cibertiempo”, que, finalmente, define como un “tiempo-mente” estimulado por el ciberespacio⁵. Así, este se explica como:

[...] la esfera de interacción de innumerables fuentes humanas y mecánicas de enunciación, la esfera de conexión entre mente y máquinas: esta esfera experimenta una expansión prácticamente ilimitada, puede crecer indefinidamente, porque es el punto de intersección del cuerpo orgánico con el cuerpo inorgánico de la máquina electrónica (Berardi, 2003, p. 40).

Es con relación al ciberespacio que Berardi, entonces, se refiere al cibertiempo. Para el filósofo boloñés, este es parte de la misma dimensión que resulta de la conexión al universo de la información virtual, la “infosfera”. Entonces, el cibertiempo “es la cara orgánica del proceso, el tiempo necesario para que el cerebro humano pueda elaborar la masa de datos informativos y de estímulos emocionales procedentes del ciberespacio” (2003, p. 41).

Pero a diferencia del ciberespacio, infinitamente fraccionable y extensible, el cibertiempo no puede ampliarse de manera ilimitada:

[...] porque su expansión está limitada por factores orgánicos. Se puede expandir la capacidad de elaboración del cerebro mediante las drogas, el adiestramiento y la atención, gracias a la ampliación de las facultades intelectuales, pero el

5 El propio Berardi señala: “El ciberespacio de la producción global es una inmensa extensión de tiempo humano despersonalizado, secularizado y recombinable [...]. El capital no recluta más personas, sino que compra paquetes de tiempo, separados de su portador ocasional e intercambiable” (2010, p. 91).

cerebro orgánico tiene límites que tienen relación con la dimensión emocional y sensible del organismo consciente.

[...].

El cibertiempos [...] no es ilimitadamente extensible, porque guarda relación con la intensidad de la experiencia que el organismo consciente dedica a elaborar informaciones que proceden del ciberespacio (Berardi, 2003, p. 41).

La lentitud es mayor en la respuesta que en el estímulo; en primer lugar, porque para formarse, aquella debe discernir entre cantidades desmesuradas de información que se *absorben* conforme el cerebro alcanza a identificarlas como tales, aunque a veces no sea completamente posible porque el “tiempo-mente” (es decir, la vivencia interna) compite, acaso involuntariamente, con la velocidad y superposición de los estímulos. El sujeto de la modernidad comunicacional parece ser inducido, con cada vez mayor violencia, hacia una especie de “ciberinconsciencia”. Con mordacidad, el novelista polaco de ciencia ficción Stanisław Lem, en la presunta crítica a la obra de un tal profesor Arthur Dobb, escribe:

Dobb esboza los principios de la personética sin entrar en los pormenores, remitiendo al lector a las fuentes históricas [...]. Dobb traza el proceso de los “seis días comprimidos en 120 minutos” de la manera siguiente: En primer lugar, se dota la memoria de la máquina de un conjunto mínimo de datos, o sea, para usar un lenguaje comprensible para un lego, se la carga de la “materia prima matemática” que constituye el germen del universo en el cual “vivirán” los personoides todavía inexistentes. A los seres que van a venir a ese mundo de máquina y de cifra, que van a vegetar en él y sólo en él, se les confiere un entorno de carácter ilimitado. Así pues, esos seres se sentirán libres, ya que, desde su punto de vista, el mundo que los rodea no tiene fronteras (2013, p. 243).

En este mismo sentido, la crítica de Shapiro está dirigida a la vorágine de los cambios sufridos por los protagonistas de la actualidad, cambios que suponen una “ruptura con el horizonte del futuro” (2015, s. p.). En la misma perspectiva del Sennett de *La corrosión del carácter*, la autora ve con preocupación los aspectos éticos que conllevan los cambios acelerados, las identificaciones efímeras y los exhibicionismos en red⁶.

La rapidez, lo inmediato y lo simultáneo son los efectos más notorios de la superposición del ciberespacio y el cibertiempos. El ritmo de la vida cotidiana se hace cada vez más veloz porque en ella se condensan demasiados estímulos; como consecuencia, el tiempo percibido parece desvanecerse casi sin dejar rastros. “El tiempo carece de un ritmo ordenador”, escribe Han (2015, p. 9); así, el problema no consiste únicamente en la fugacidad o en la aceleración social, sino en las profundas raíces éticas, como también señala Rosa (2016). Los sujetos de la modernidad contemporánea están

6 Sibilia, quien no es ajena a esta preocupación, indica que “las pantallas —de la computadora, del televisor, del celular, de la cámara de fotos o de lo que sea— expanden el campo de visibilidad, ese espacio donde cada uno se puede construir como una subjetividad alterdirigida. [...] Tendencias exhibicionistas y performáticas alimentan la persecución de un efecto: el reconocimiento en los ojos ajenos y, sobre todo, el codiciado trofeo de *ser visto*” (2008, p. 130).

ya identificados con lo fugaz y lo efímero, se encuentran *adheridos* a sus efectos, alienados por la vorágine de los estímulos de la red global. La vida, señala Byung-Chul Han, “[...] ya no se enmarca en una estructura ordenada ni se guía por unas coordenadas que generen una duración” (2015, p. 9).

El goce, el placer e incluso la reflexión están subordinados a la caótica dictadura espaciotemporal de la modernidad comunicacional. En consecuencia, la capacidad de atención de los sujetos se ha saturado, como indica Berardi, debido al aumento “en exceso [de] los signos que requieren ser interpretados o, mejor dicho, consumidos por parte del mercado social de la atención” (2010, p. 118). Los signos, estímulos omnipresentes que no alcanzan a descodificarse, producen una superposición de imágenes espectrales cuya correspondencia son los imaginarios virtuales.

Referencias

- Ayestarán, I. (2007). Capitalismo cognitivo en la economía *high tech* y *low cost*: de la ética hacker a la wikinomía. *Argumentos de Razón Técnica*, (10), pp. 89-123. <https://idus.us.es/handle/11441/21738>
- Berardi, F. (2003). *La fábrica de la infelicidad. Nuevas formas de trabajo y movimiento global*. Madrid: Traficante de Sueños.
- _____. (2010). *Generación post-alfa. Patologías e imaginarios en el semiocapitalismo*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Carr, N. (2011). *Superficiales. ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?* Bogotá: Taurus.
- Colangelo, P. (2019). *El instante y el infinito. Representaciones histórico-sociales del tiempo y del espacio en relación con las tecnologías de la comunicación e información*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.
- Cubbitt, S. (2000). Cybertime: Ontologies of digital perception. *Society for cinema studies*, Chicago, marzo de 2000.
- De Mul, J. (2010). *Cyberspace Odyssey: Towards a Virtual Ontology and Antropology*. Cambridge: Cambridge Scholars Publishing. <https://philpapers.org/rec/DEMCOT>
- Fuchs, C. (2012). Una contribución a la crítica de la economía política del capitalismo informacional transnacional. *Nómadas*, (36), pp. 27-41.
- Han, B-C. (2015). *La sociedad de la transparencia*. Barcelona: Herder.
- Jenkins, H. (2009). *Fans, bloggers y videojuegos. La cultura de la colaboración*. Barcelona: Paidós.
- Lem, S. (2013). *Vacío perfecto. Biblioteca del Siglo xxi*. Madrid: Impedimenta.
- Lovink, G. (2006). Indifference of the Networker presence on time management of self. En: R. Hassan & R. Purser (eds.), *24/7: Time and temporality in the Network Society*. Palo Alto: Stanford Business Books.
- _____. (2019). *Tristes por diseño. Las redes sociales como ideología*. Bilbao: Consonni.
- Mattelart, A. & Vitalis, A. (2015). *De Orwell al cibercontrol*. Barcelona: Gedisa.

- Mihalache, A. (2002). The cyber space-time continuum: meaning and metaphor. *The Information Society*, (18). Disponible en: <https://pdfs.semanticscholar.org/293d/68b258a225dfeca10fbecbe1ec9af96e6ba9.pdf>.
- Rosa, H. (2016). *Alienación y aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*. Buenos Aires: Katz.
- Scolari, C. (2008). *Hipermediaciones. Elementos para una teoría de la comunicación digital interactiva*. Barcelona: Gedisa.
- Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Shapiro, J. (2015). *Desafíos en educación: subjetividades virtuales, TIC y cuerpo*. Memoria de las XIII Jornadas Rosarinas de Antropología Socio-cultural. Rep-Hip-UNR - Aprendizaje e investigación, Universidad Nacional de Rosario. Disponible en: <http://hdl.handle.net/2133/5428>.
- Sibilia, P. (2008). *La sociedad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Strate, L. (2006). Eight Bits About Digital Communication. *Razón y Palabra*, (49), pp. 1-27.
- Virilio, P. (1997). *Cibermundo: ¿una política suicida?* Santiago de Chile: Dolmen.